
UNDERGROUND!
Publication Permit
NO. 1

illustration + colour



LA NOVELA DORADA

EL PRÓXIMO NUMERO SE TITULARÁ

"LO DESEABA"

por José Miras

III

PEDID TODAS LAS SEMANAS

LA NOVELA DORADA

Que dentro de su género no tiene rival, pues es sin duda la mejor, lo mismo por su alegre y amena lectura que por sus caprichosas láminas

Camprad siempre LA NOVELA DORADA

Gráf. V. M. - Buenos Aires (R. A.)

LA NOVELA DORADA

Año II Núm. 28

MIS PRIMERAS NOCHES

Por Emilia Campos

I

Pues sí, señores míos, sí. Mi novia, mi hermosísima Juanita, que posee en su cuerpo y rostro una tal dosis de belleza que asusta y marea, me ha sido infiel. Acaba de adornar mi frente con ciertos apéndices que el vulgo suele llamar o denominar con el feísimo nombre de cuernos, y que yo doy el nada altisonante nombre de astas.

No hace ni un cuarto de hora que la he sorprendido entre los nervudos brazos de un hombre oso, y esta palabra aunque parezca inadecuada, a la par que sin ambiente, pertenece a la más rancia etimología; porque el hombre en cuestión tiene en su cumplido cuerpo de atleta más pelo que el más cumplido y montañezco plantígrado...

En realidad, el haberla sorprendido en los brazos del peludo, arrogante y apuesto ejemplar de la naturaleza no irracional, carece de importancia. Lo malo es que Juanita estaba tumbada sobre la fina arena de un enano barranco del bosque y miraba al cielo con tal gusto, que parecía querer ganar el idem...

Esto tampoco supondría nada malo, si la nena no

hubiese mantenido sus faldas arremengadas hasta el cuello y hubiere llevado puestos los pantalones y el hombre oso a cien leguas de allí... Pero, como por el contrario, el interfecto se hallaba muy bien acoplado en el vientre de la infiel, con todo su atributo masculino escondido en el apoteósico regacillo de Juanita, que lo besaba delirante, me parece, creo yo, que puedo decir bien alto que la nena coronaba mi frente y no de laureles precisamente.

En este perro mundo los hombres necesitamos cierta dosis de paciencia (que el mismísimo Job envidiaría), sobre todo en estos casos de infidelidad carnal o lujuriesca... y en aquella ocasión no me quedó otra salida que armarme... armarme de paciencia, desde luego. Y esperé que el par de sinvergüenzas terminaran su dulce cometido para empezar yo la filípica con que pensaba saludar el ardor de mi novia apenas el oso se hubiera ido con viento cálido, relamiéndose los labios de gusto y más contento que un sonoro par de castañuelas.

Cuando lo hubo hecho, que fué luego de acompañar a la nena hasta las primeras casas de una barriada de la gran ciudad, agarré por un brazo a la viciosa que no tenía bastante con lo que yo le daba y tenía que pedir ayuda ajena, y le dije:

—Si la señora dama busca un buen macho, amén de una buena cama, que haber no suele en el campo, creo que podré proporcionárselo, algo semejante a un oso.

En parecidos casos las mujeres suelen desmayarse, lanzar un grito, romper a llorar, quedar yertas como una loza de mármol, etc., etc... Pero Juanita no

párpados de sus bellísimos ojos y me preguntó sumisa y quedamente:

—¿Nos has visto?

—Como desde un palco proscénico.

—Yo te explicaré...

—¿Aún más de lo que he visto...? ¡Qué frescura!

—Romeo...

¿Romeo?... Mira, has el favor de no darme el nombrecito ese ahora, ¿sabes? Vamos, que llamarme Romeo en tales circunstancias... Más vale que me llames miuraño o ciervantiño... ¿Acaso no vislumbras los promontorios que adornan mi frente, un tanto agudos y molestos?

—Si no me dejas hablar...

—No creo que pretendas justificar tú... llamémosle ardorosa conducta. Me parece a mi que...

—Hombre... Quizás sí, quizás no. Depende del juicio y del concepto que tú tengas de la moral y del amor, tal y como en la actualidad se practica. Toma como base las modernas teorías femeninas, fiel reflejo del sentir de la mayoría de nosotras, y es fácil que encuentres algún paliativo a mi «monstruosa» conducta según tú. Y, sobre todo, no olvides los innumerables factores causa que pueden conducir a la deshonra a una mujer. Por otra parte, tú eres el menos indicado a llamar engaño en lo que dices mi «infidelidad.» Cuando me poseístes, recuerdo que todo era despotricar contra los perjuicios y trabas del amor carnal, que infinitas mujeres suelen oponer (aunque sea por pura fórmula) al hombre que intenta apoderarse de su cuerpo y de la inocencia de su alma. Las primicias del mío arrebataban tus sentidos y me tomaste rápido y consciente, sin entretenerte a predi-

carme que aquello era inmoral y que yo pecaba al entregarme a tus deseos y caricias. Es la eterna contienda de todos los coronados; ríen cuando el astado es el vecino y aprietan los dientes cuando a ellos les llega la recíproca...

—No estás hecha tú mala recíproca...

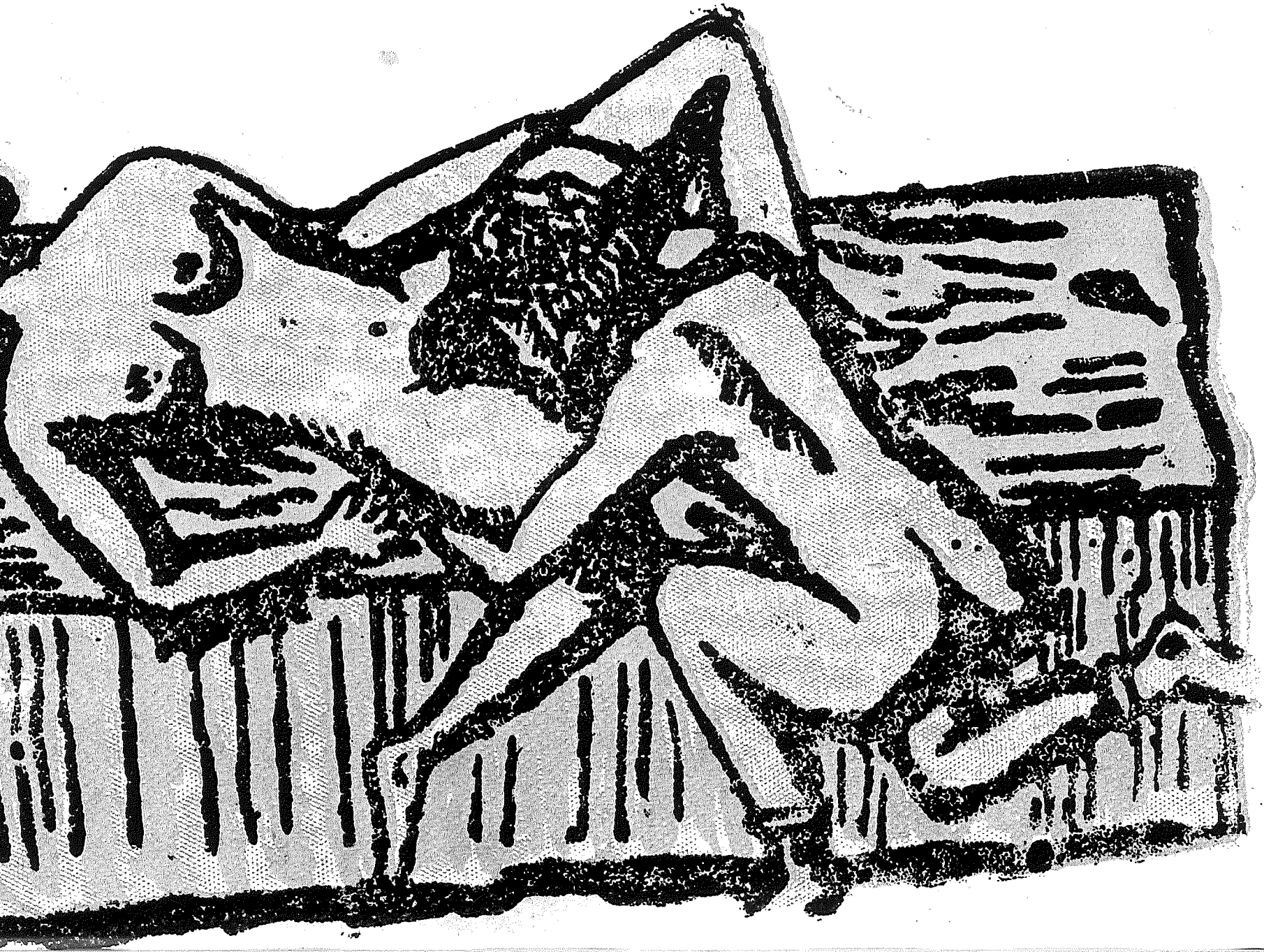
Así, según tú, debo callarme, apretar los dientes y aguantar... mecha. Vaya, no está mal. Y encima, si te parece, compraré un par de botas al afortunado que hace un rato te poseía

¿Te parece bien?

—Extremas los límites, querido. Lo que yo quiero hacerte comprender es que me corresponde una muy ínfima parte de culpa en lo sucedido. Desconoces las causas y no me debes juzgar tan a la ligera sin antes buscar un antídoto que disuelva la ponzoña qne pudiere haber en ello. ¿Supones que me he entregado por vicio?... Estás en un error. Claro está — como viste — que una vez decidida, me entregué llanamente siguiendo los impulsos de mi ardiente naturaleza susceptible al ardor de todo el que calce «bigote». Esto me sucede a partir de la fecha... que fuí tuya, bien lo sabes. Antes yo no era así. El demonio de la lujuria dormía en mi alma hasta que tú llamaste a las puertas de mi cuerpo. Al llevarte sus... primicias, produjiste la borrasca amatoria que enfebrece mi sangre día y noche... No, no es mía la culpa.

—Entonces, Juanita, es mía.

—Podría decirte que sí, mas no aspiro a tanto. Es por eso que me conformo con hacerte esta sencilla pregunta que nos llevará a la solución de nuestro litigio: ¿Serías tú capaz de romper las narices del hombre que viste en mis brazos?



—Mujer...

—Contesta.

No se qué contestar a la nena. Porque en razón a la verdad, el hombre sería juguete de su vanidad afirmando lo dudoso de conseguir, máximo si se trata de un hombre tan atlético y vigoroso como el referido poseedor de Juanita. Estoy completamente seguro que el tío aquel me hundiría el cráneo de un solo puñetazo. Así es que contesto a la nena:

—Yo creo que no podría con él.

—Entonces, tú, o tu impotencia, como inferioridad física comparada con él, tiene la culpa de todo lo pasado.

—No me hagas reir, Juanita.

—No pretendo tal cosa, y para convencerte escucha los motivos por los cuales me entregué a él.

—No será aquí, en medio de la calle.

Vamos a mi casa y hablaremos cómodamente...

En diez minutos nos dejó un taxi a la puerta de mi casa. Entramos, nos encerramos en mi habitación y Juanita empezó así su relato:

—Hasta hace pocos días, yo creía en el secreto de nuestros amores. Fuímos siempre tan prudentes y cautos, que me parecía imposible pudiera traslucir al exterior la pasión que abrasaba nuestros cuerpos. Pero... hace aproximadamente un mes, una noche se me ocurrió ir al cine con mi hermana Julia. Un hombre se sentó a mi lado. Era el hombre peludo que viste antes. Yo le hice un gesto de desprecio y repugnancia y el se hechó a reir solapadamente. En cuanto apagaron las luces intentó sobarme los senos con el mayor disimulo posible... y al pronto, por no dar un escándalo, acaso por prudencia, no le llamé al orden

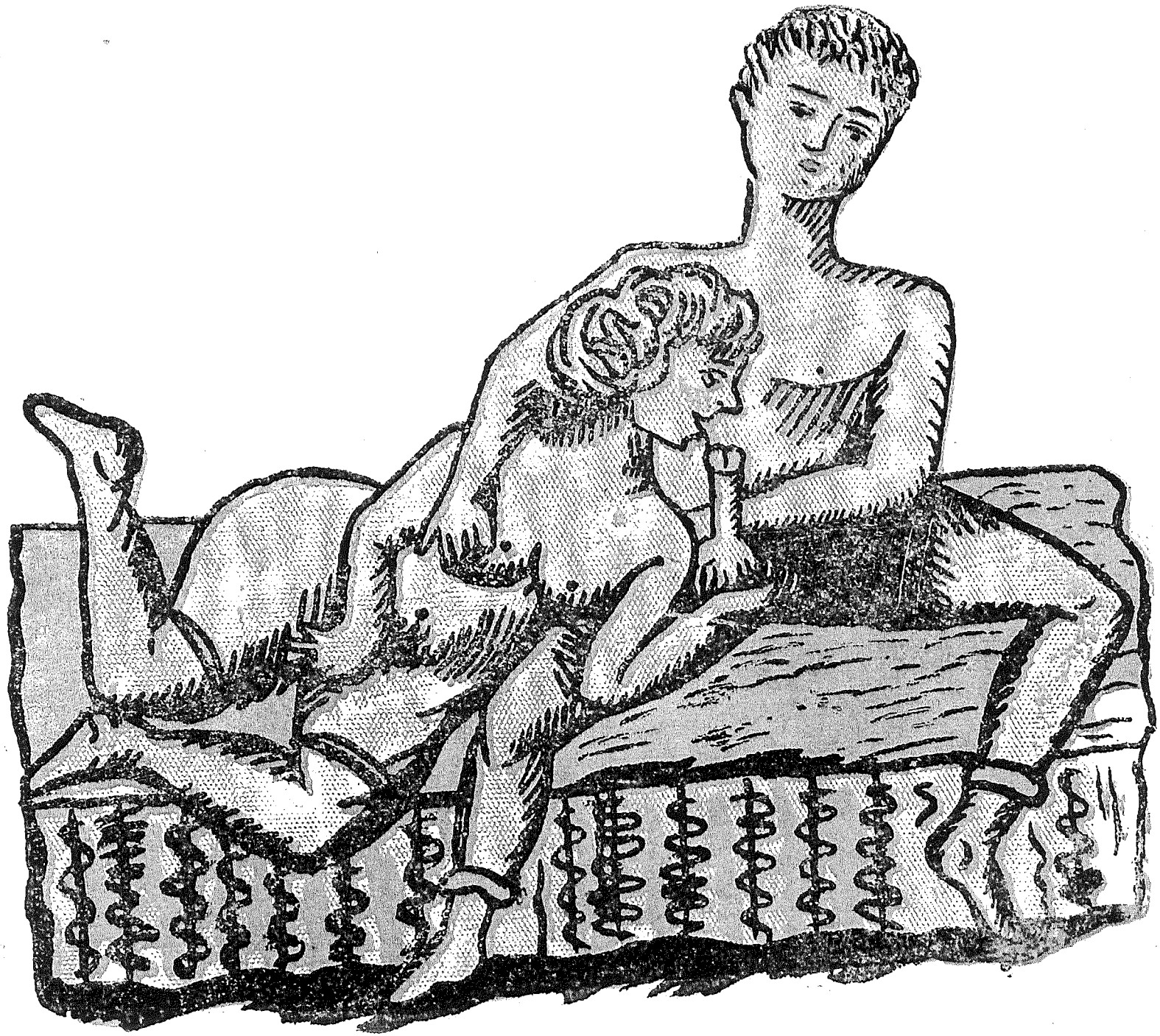
en la forma acostumbrada de «haga el favor de no molestarme», etc., etc. Mas la osadía del hombre era tal, que no contento con aplastarme parte de un seno con toda su manaza, llevó la otra a mis pantorrillas ascendiéndola paulatinamente hasta dejarla colocada sobra las ligas que circundan estos apetecibles muslos míos, que tú llamas de raso y leche. Pero en el momento que el intruso iniciaba sus escarceos rumbo a las ingles intentando introducir sus dedazos entre mi carne y el pantalón, le sujeté la mano y le dije que hiciera el favor de no molestarme más. Pero el interfecto era más fresco que una hoja de lechuga. En vez de obedecer mi mandato... dió en sobarme los muslos de abajo arriba y viceversa con tal ardor, que pese a toda la fuerza de mi voluntad, empecé a suspirar y... a intranquilizarme. Pude, empero, reponerme en seguida y me levanté. Medio me levanté, en honor a la verdad sea dicho, para buscar otro asiento y huir de él. Pero el muy frescales me inmovilizó, al comprender mi intento, con una de sus manazas, y me dijo quedamente al oído: «No seas tan arisca, mujer. Que a fin de cuentas nada malo te va a suceder. Por otra parte, bien que te gusta que te soben y besen otros, u otro, vaya, para que no puedas dejarme por embustero. ¿Te figuras, acaso, que no sé dónde vas cada domingo con ese ganduga de tu vecino, un escritorzuelo que no tiene donde caerse muerto y que pasa más hambre que el perro de un ciego? Debes suponer lo helada que me dejó con sus palabras aquel indivíduo. Con mayor causa cuando continuó diciéndome: Os he visto tres domingos y te juro que he pasado muy malos ratos viéndoos tan ricamente abrazados en el barranquito que tú sabes, sobre todo viéndote a

tí medio desnuda tan blanca y tan perfecta de líneas. Las ganas que sentía de darle un manotazo al escritorzuelo y hacerte mía enseguida de grado o por fuerza!... Pero tuve la suerte de pensar que luego podrías haberme echado la justicia encima y que era mejor que la entrega fuera por tu propia voluntad... cosa que espero harás sin tardar mucho, porque de lo contrario me tienes en tu casa contándole a tu padre todo cuanto haces con tu vecino... Ya ves — continuó — si soy bueno, que en vez de delatarte te propongo algo que te hará morir de gusto. Y encendiéndose a paso de carga, prosiguió: «No puedes tener idea de lo bien que sé hacer el amor a las niñas guapas que me gustan... y tú me gustas una barbaridad, hasta la enajenación, te lo juro por mi salud». Por un momento creí desmayarme. Recuerdo que cerré los ojos completamente transtornada y me los hizo abrir de nuevo cierto brusco y atrayente cosquilleo que sentía en el mismo pivotito de mi regacillo. Comprendiendo que eran los dedos de una mano del hombre que los producía, instintivamente cerré los muslos en muda negación a la caricia. Pero la mano, manaza, para mejor decir, más poderosa que todas mis fuerzas juntas, los abrió de nuevo en un santiamén. Ahora, sin embargo, ya no cosquilleaban sus dedazos. Uno de ellos hizo la suficiente fuerza para quedar alojado en el interior del regacillo.. y un momento después lo sentí moverse y removerse con calculada parsimonia en lo más hondo de mi... persona. Apreté los dientes — pues el dedo me hacía daño —, y dediqué todas mis fuerzas a librar a mi cuerpo del vértigo que me hubiese obligado a secundar sus caricias. Así me lo propuse... y sucedió al

revés. Pasado un buen rato noté que el hombre me agarraba una mano, la derecha, pues era la más próxima a su persona y objetivo, y la llevó hacia su ingle tapada con un abrigo o gabardina. Ya mi mano debajo de la referida prenda, me entreabrió los dedos y al punto sentí en la palma de la mano la suavidad, dureza y arrogantes dimensiones del más desarrollado atributo musculino que mi mente imaginara jamás. Entonces entorné los ojos, incapaz de oponer resistencia a su voluntad, y apreté el recio apéndice, tan bien y fuerte como pude. Casi en seguida, una sacudida de mi cuerpo dió a entender al hombre que la faenita de su dedazo era fecunda y perfecta... y breves extremecimientos del hombre me revelaron a su vez el gusto y la alegría que recibía con el suave y acompasado sube-baja de mi diminuta mano. Entretanto, los belfos del hombre sellaban mis labios en un aplastante largo y silencioso beso. Humillado al fin el atributo, pensé sería hora de limpiarme la mano que había quedado como de perlas. El hombre adivinó mi pensamiento y me brindó un pañuelo que yo acepté por no ensuciar el mio. Luego dedicó sus cuidados a su propia persona y sacando la mano de debajo de mis faldas se cruzó de brazos y me preguntó en voz muy queda: «Bueno, ahora dime cuándo vas a ser mía, pues estoy loco por atravesarte de parte a parte. No te andes con subterfugios, ya que estoy dispuesto a delatarte». Yo le dí largas al asunto. Le dije que esperase, que me lo tenía que pensar muy bien, que acaso más adelante que sí, que tenía que hacerme a la idea, ya que así, de repente... que comprendiera... En fín, lo que él no deseaba: subterfugios. El, pero, me apremió y yo le prometí hacerlo...

con la idea de no hacerlo, claro está. El pareció conformarse con aguardar unos días y como en aquel momento terminaba el programa y se inundó de luz el salón, desperté ami hermana, que se había quedado dormida, y nos dispusimos a regresar a casa. En las apreturas de la salida ví al hombre que caminaba junto a mi espalda. Tan pegado a mí iba, que sentía su atributo, vigoroso de nuevo, empujarme y aplastarse contra mis apetitosas nalgas. Luego desapareció y no le ví más, hasta siete días después en que no se qué sentimiento morboso me llevó de nuevo al cine acompañada. como siempre, de mi hermana. Pero esta vez la butaca de mi lado la ocupaba una señora de edad y el tío se sentó al lado de Julia. Mediada la representación me dió por mirar hacia el sittio de Julia y noté a ésta intranquila a la par que sofocada. Le pregunté si le pasaba algo y ante su respuesta negativa insistí en preguntarle si el hombre la molestaba y dijo que no, sencillamente. Pasado un rato volví a mirar, y vi que el hombre tenía una mano—la consabida manaza —debajo las falditas de mi hermana, quien tenía los ojos encendidos, el rostro todo sofocado y suspiraba sin quitar la vista de la pantalla como si la contemplación de la película fuese toda su vida del momento. Entonces la hice cambiar de sitio conmigo—cosa que efectuó de mala gana,—y un mamento después yo era ya la que tenía la manaza del oso sabiamente calocada entre mis inglés. Como una de las mías no permanecía inactiva, ya puedes figurarte que bisamos lo ya referido can respecto à la primera sesión..., En fin, para no cansarte: el domingo pasado me sorprendió el hombre—que sin duda esperaba o espiaba mi salida —, cuando yo salía de mi casa para ir por

leche, y agarrándome por un brazo, amparado en la noche y en la obscuridad que reinaba en toda la calle, me dijo que en aquel mismo momento tenía que ser suya o, de negarme, iba a mi casa y le contaba a mi padre todo cuanto sabe de nosotros, que no es poco. Le dije que aguardase hasta el otro día, pues en aquel momento no disponíamos de lugar a propósito para el acto que me pedía, é ir al campo no podía ser porque mi padre estaba aguardando la leche que en mala hora me había enviado a buscar. El me contestó que allí mismo, a dos pasos de donde estábamos, había un solar vallado del cual tenía la llave y en el que había una barraca que ni hecha a propósito para nuestro menester. Negué, insistió, y al fín me arrastró, más bien que llevó, al lugar deseado. Su deseo de tenerme a solas en la barraca era ya un hecho consumado. Dentro de un instante daría principio su acometida... En su manaza danzaba un atributo enormemente erecto que avanzaba hasta mí a paso de lobo, y en este momento el hombre me dijo: «Ahora vas a ver lo que es bueno, cariño mío». Le supliqué que me dejara marchar y por toda respuesta me tomó en vilo y me tumbó de boca abajo en el montón de paja. A manotadas me despojó de los pantalones, que tiró en medio de la barraca y murmurando palabras que su nerviosismo hacía ininteligibles me abarcó el vientre con una mano, se pegó a mis espaldas y me dió una formidable punzada en el centro de mi anillito. Grité comedidamente. De pronto, el hueco natural de mi regacillo se estrechó, el anillito de las dos medias esferas de mi traserito se desgarró materialmente y perdí el conocimiento. Cuando lo recobré el hombre me tenía puesta boca arriba y se agitaba. Su



recio apéndice se hallaba en lo profundo de mi sexito hurgando sin descanso y sin desfallecer ni un momento. Sus manazas aplastaban mis desnudos senitos y sus labios mordían, más que besaban, mi garganta. De repente me poseyó el vértigo en forma inesperada... A la hora justa de haber entrado en la barraca salíamos de ella. El hombre, más contento que un chico con zapatos nuevos. Yo, mustia, avergonzada y casi sin poder andar; pero interiormente, satisfecha de haber sido poseída por aquel tío y haber gustado de un placer inenarrablemente inmenso, y tan intenso, qué más fuera quimera...

Calló Juanita un instante y luego añadió:

—Ya lo sabes todo, querido. Lo que no sabes, es que desde entonces acá nos hemos visto tres veces y que hoy era el último día que nos veíamos ya. El hombre ya está satisfecho y me devuelve la libertad. Por su madre me ha jurado que no lo sabrán ni las ramas de los árboles del campo en que tú y él me habéis poseído. Si tú hubieses tenido valor y coraje para defender mi cuerpo de las garras del oso ese, desde el primer día hubiese puesto mi caso en tus manos y nada hubiera sucedido. Para que te sirva de consuelo te confieso que el hombre peludo habrá hecho las delicias de mi cuerpo, pero tú haces las delicias de mi alma. El electrizaba mi cuerpo. Tú languideces, romantizas y alegras a la vez toda mi alma. En una palabra: te amo. En fín... ya he hablado bastante me parece a mí. Adiós... Me marcho a casa. Mañana vendré a saber si debo seguir viéndote o si te has colocado en terreno vedado. Adiós...

Avanza unos pasos en dirección a la puerta de mi cuarto tan lentamente como puede. Cuando pone la

mano en la llave para abrir y marcharse, un extraño sentimentalismo se apodera de mi cuerpo que laxita sus organismos incomprensiblemente. Quiero hablarle y no hallo palabras que decirle. Es tan raro e ilógico para mí cuanto la nena me acaba de revelar, que mi cabeza es un maremagnus analítico. Le tomo la mano y le digo sin mirarle en la cara:

—Ven mañana, nenita. Quizá el mundo esté equivocado respecto a la teoría de la infidelidad amatoria.

II

Al día siguiente vino Juanita a casa y las primeras palabras con que me saludó fueron las siguientes:

—Oye, nenito: esta noche he soñado que el hombre peludo me asesinaba. Pero me daba la muerte entre sus brazos... haciéndome gozar infinitamente.

—Algo fuerte es eso, querida. Mas desecha todo temor. Dicen que aquello que se sueña no suele suceder en la realidad. Pero esas palabras tuyas me dicen o revelan que el hombre en cuestión no dejó limpio tu cerebro y mucho dudo que puedas apartarle de tu mente en largo tiempo.

¿—Tú crees?

—A ojos cerrados.

—Es raro y fastidioso.

Se interrumpe un momento a sí misma Juanita y luego dice, con mal contenida ira:

—!!Todo me sucede a partir de aquellas malditas noches!!...!Malditas noches, si, mil veces, porque en ellas cayó para siempre la castavenda que cubría mis ojos y mis sentidos!...

—¿A qué noches te refieres?, ¿a las nuestras?

—No, desde luego. Escucha como empezaron:

Y con voz temblorosa, tal vez por la emoción de sus recuerdos, empezó así la narración:

—Una noche que me retiré más tarde que de costumbre a mi habitación y que los brazos de Morfeo me rindieron pronto al sueño, despertóme de pronto un ligero cosquilleo que sentía en mis duros y rectos pechos. Y con sorpresa mezclada al miedo advertí la presencia de un desconocido en mi alcoba. Mejor concretado: en mi cama. El miedo me impidió gritar; y sin saber qué partido tomar, decidí hacerme la dormida. El desconocido recorría con ligera mano (la izquierda creo recordar), desde mis abultados senos hasta mi sexito (asta entonces virgen a otras manos que no fueran las mías), mientras con la otra muy delicadamente alzábame la camisita, hasta más arriba de mis senos. Al notar que yo no hacía movimiento alguno y creyéndome dormida, recorrió a su merced todo mi cuerpo entreteniéndose con deleite en mis dos medias naranjas, mientras le oía suspirar y murmurar en voz muy queda: ¡vida mía!. . ¡nena!... De pronto noté que apretaba más fuerte mi redondo traserito, que suspiraba con más esfuerzo... y advertí que mientras con la mano izquierda buscaba afanoso mi sexito y me daba un apasionado beso en el centro de mi anillito que divide mis dos mitades, con la derecha se dedicaba a un trabajo suyo muy personal y durante el cual jadeaba, jadeaba mucho... hasta que, de pronto, noté una cosa viscosa y ardiente en mis nalgas y un temblor en la mano que a placer recorría mi cuerpo. Acto seguido noté que a hurtadillas salía de mi habitación y tal como el intruso me había dejado me quedé!

La venida del nuevo día me encontró aún en la misma postura, esto es, de cúbito supino, con la minúscula camisita subida hasta el cuello y los muslos muy abiertos...

Juanita hace una pausa para preguntarme si me canso de escucharla y como por el contrario le ruego que continue, lo hace diciendo:

—Me levanté de la cama decidida a contar a mi padre cuanto me había sucedido en la noche que acababa de finalizar. Pero quiso la fatalidad que estuviera de viaje y no había de regresar hasta dentro de ocho días. Y cuando regresó, ya era demasiado tarde para contarle otra cosa que no fuera mi deshonra.

«Te soy franca al decirte que deseé ardientemente pasara pronto el día aquel y llegara la noche. Cuando al fin llegó, me acosté bastante temprano a disgusto mío. Y digo a disgusto mío porque me había propuesto no acostarme en toda la noche pasando sus horas en cualquier lugar de la casa ignorado de todos y de toda imaginación. Mas, como he dicho antes, me acosté, y esta vez me mantuve bien despierta consultando frecuentemente y anhelante hasta el menor ruído que llegaba a mis oídos. Me había tapado con la ropa de la cama enteramente, y, sin embargo, tiritaba de frío. Digo que de frío y es factible que fuese de ansiedad...

Pensaba en tanto, si el misterioso visitante de la noche anterior vendría de nuevo a mi cuarto. Y un morboso deseo me hacía anhelar que fuera cuanto antes.

Y en efecto, fué, cuando yo misma me decía que ya no recibiría su visita. ¡Tanto, según mi deseo, había tenido que esperar!..

Volví, como la noche anterior, a oir sus pasos en dirección a mi cama y casi al instante sentí una mano que palpaba mi cuerpo, preso de escalofrios. La persona que como un ladrón se acercaba a mi cama notó que yo no dormía por el temblor de mi cuerpo que a veces lo pregonaba, y dedujo con buena lógica que si yo no dormía y estando él allí permanecía en silencio y consciente, era que lo esperaba... y lo deseaba.

Esto lo digo, porque sin emplear las precauciones de la primera noche me destapó de golpe, lo que entonces no se atrevió a realizar, y se tumbó a mi lado apenas me tuvo destapada.

Hasta mi olfato llegaron las emanaciones naturales de un cuerpo desnudo pues el intruso «vestía» el primitivo traje de Adán según comprobé por el «contacto» general a que fuí por él sometida — y sentí en las nalgas la presión de algo duro y caliente a la par que suave y terso. ¿Qué será ésto? — pensaba yo. Pronto el misterioso personaje alargó las manos hasta mis pechos, sobándolos parsimoniosamente hasta endurecerlos con rara prontitud.

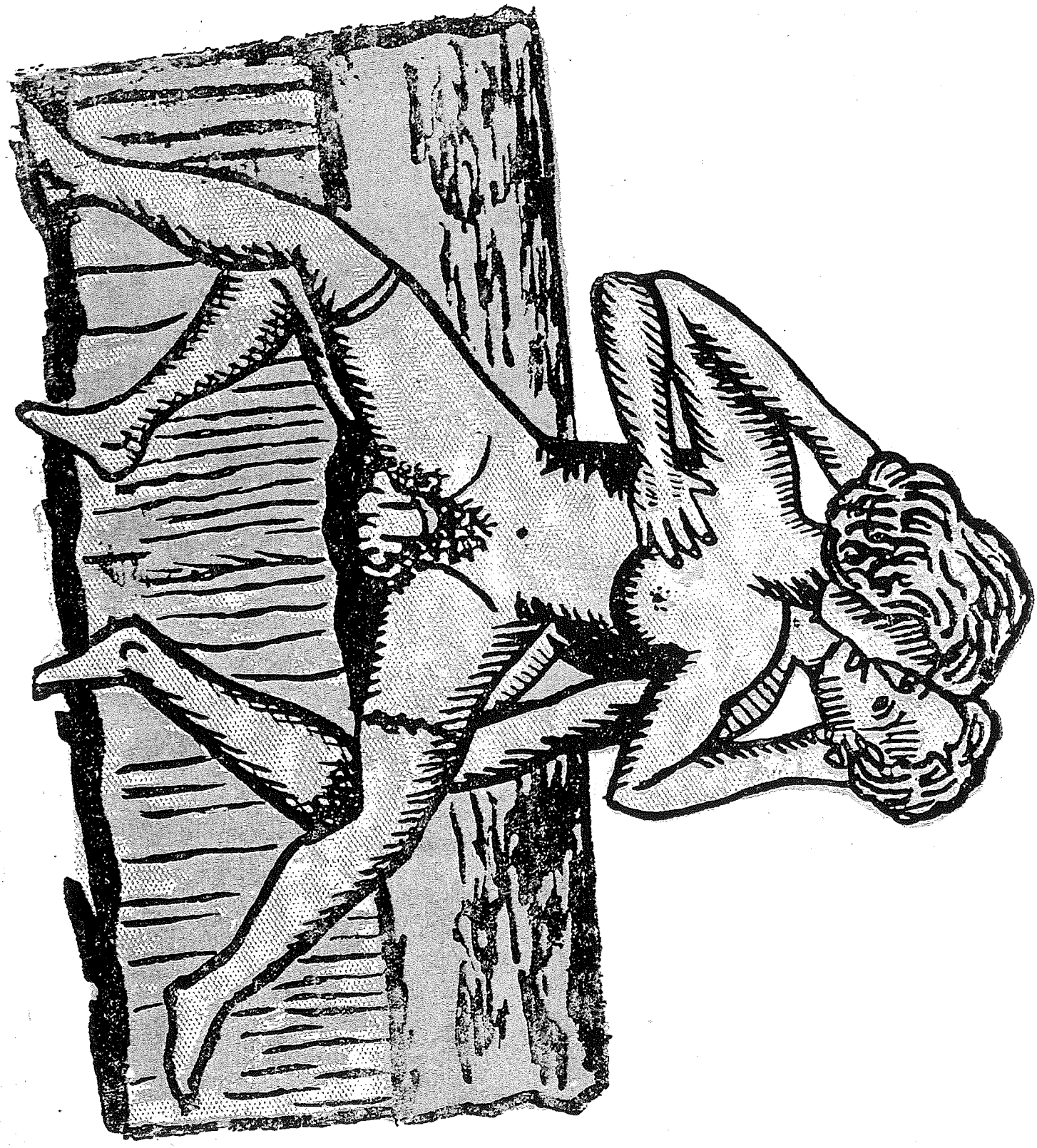
Yo estaba de espaldas al intruso y un sentimiento inexplicable me había hecho cerrar los muslos, tan rollizos y gruesos como los de una mujer hecha y derecha y más finos que el raso de la mejor calidad, fuertemente. Pero aquel ladronazo abandonó pronto mis pechos e intentó a renglón seguido pasar entre mis cerrados muslos aquella «cosa» tan ardiente como dura y suave. Al pronto los mantuve cerrados, pero él me los abrió sin gran esfuerzo, y colocó lo que ansiaba colocar con gran soltura y maña en las mismas valvas de mi precioso regacillo, el cual, (por

mi parte podría decir) no quizo eludir tan sugestivo contacto.

Yo dejé entonces que los muslos permanecieran separados y sentía en tanto ciertas pinchaditas escorceadoras en el centro del sexito que me gustaba mucho porque me rozaban el pivotito y los hilitos de la pelvis.

De repente, los brazos del desconocido rodearon mi cintura, me agarró bien los pechitos y me dió un regular empujón hacia él. Al punto sentí un pinchazo en el regacilló seguida de una fuerte presión que le impulsaba hacia el interior de mi nido de amor. Un segundo pinchazo más fuerte qne el anterior me dió la sensación de tener en la entrada de mi sexito como una especie de tapón mil veces más suave que uno de verdad y ardiente en demasía. Otro empujón con todas las de la ley me obligó á hurtar el cuerpo y entonces el intruso me agarró por las ingles y rectificó levemente la dirección de lo que se mantenía en la puerta del regacillo. Luego me besó la boca muchas veces y de pronto, agarrada como me tenía en las ingles, llevó mi cuerpo hacia él, empujó a su vez, y lancé un ahogado grito al sentirme dañada por una dolorosa punzada que hería el vértice de mi sexito y cuyo dolor lo experimentaba también en las profundidades de algo que no digo. El Tapón, digámosle asi, entretanto había acentuado mucho su profundidad y casi, casi, lo sentía ya en mis intimidades más recónditas. Me hacía daño manteniéndose alli...

Pasó un ratito en el que escuché los contenidos suspiros del intruso muy cerca de mi rostro. Después noté una mano que rozaba mi redonda y apretada



pinchaba se movía y removía girando en la entrada de lo que, evidentemente, constituía su obsesión. Y a partir de entonces, aquello que sabemos duro y recto avanzó por el camino trazado en mi regazo con mayor seguridad y rectitud que antes.

El dolor me hacía sudar, y, en efecto sudaba la gota gorda. Pero de vez en vez el intruso dejaba de empujar un ratito para hacerlo luego con mayor fuerza; y como yo gemía, y en vista de que no conseguía la perfecta apertura o taponamiento de lo que por el momento constituía todo su afán, entonces unió su boca a la mía, agarró mis redondos pechos, cada uno con una mano, y de repente empezó a estrujarlos con locura un instante para dejarlos al punto y recorrer mis muslos y vientre, volviendo a los pechos y de nuevo a los muslos, todo ello en el corto intérvalo de breves segundos, mordiendo, al propio tiempo, mis labios...

Sentí entonces en las entrañas como si me hubieran derramado una taza de agua caliente y en el mismo instante mi cuerpo se sintió preso de un placer inédito e inexplicable, acompañado de varios espasmos que hacín extremecer de gozo todo mi cuerpo...

El atributo masculino del intruso perdió el centro de sus ansias. Cuando conseguimos ponerle en el camino justo de nuevo, hizo un desesperado esfuerzo para romper la muralla que lo mantenía en el exterior; pero fué inútil. Había, aunque momentáneamente, perdido su anterior arrogancia a causa del espasmo...

Sucedieron varios minutos tras los cuales me atreví; agradecida, a dar un beso al misterioso visitante, que por un instante quedó inmóvil. Por toda correspondencia, él bajó de la cama e inmediatamente oí sus

pasos en dirección a la puerta de mi habitación. Se iba.....

Pero él acaso no supo que se iba habiéndome hecho gozar y sentir las semillas del amor en las profundidades de mis entrañas... ¡Oh!. ¡Que enbarazadora y dulce laxitud hizo presa de mi cuerpo..... y cuanto lamenté la ausencia prematura de mi desconocido.

Hubiese deseado tenerlo a mi lado un rato más, mucho rato más, y darle tantos besos como el vigor de mi alma y de mi cuerpo hubiesen permitido.

Pero puesto que se había ido había que conformarse y dárselos a la almohada a falta de los labios de él.... y la besé una y mil veces mientras en vano mis torpes manos intentaban reemplazar las sabias manos ausentes....

III

Aguardé en vano la noche siguiente. El misterioso visitante no acudió a mi habitación. Pase la noche en vela creyendo oír a cada momento sus felinos pasos en dirección a mi lecho. Pero no llegó. Pensé que algo imprevisto habría surgido y la visita quedaba sólo aplazada por veinticuatro horas.

Así fué, en efecto. A eso de media noche, la hora de las brujas y de los ladrones, percibí sus pasos, que noté mucho menos cautos que las dos veces anteriores, y al instante lo tuve junto al lecho en el que impacientemente le esperaba.

Llegado al borde de él, el hombre alargó la mano para destaparme, y no dando con el embozo, tanteó un momento hasta que tropezaron con mi desnudo cuerpo.

Mis suspiros y mis temblores de deseo le revelaron al momentó mi estado de ánimo. ¡Como debió de enardecerle al comprender que yo le aguardaba destapada para gustar al punto sus caricias.

Y creo que fué así, porque apenas habían chocado sus manos con mi sedosa epidermis se me tumbó casi de golpe y montó una pierna encima de mis muslos en tanto me besaba rabiosamente extremecido de deseo y aplastaba mis senos con sus manos en frotaciones y pellizcos que encendían mi carne y mi alma...

Al cabalgar la pierna que sabemos por encima de mis muslos, el recio atributo del intruso había quedado por entre las dos medias esferas de mi duro y monísimo trasero, juntamente a la puerta de la redondita grutita que suele carecer de molestos hierbajos. Tanto gusto recibía con ello el hombre, que yo pensaba si llegaría a triturar mis senos y herir mis labios. Tanto era el corage con que los restregaba y mordía el muy bruto. Sobre todo, en un momento en que, perdida la cabeza, insensible a todo lo que no fuera el momento y la acción que vivía, yo misma le ayudé impulsando mi cuerpo hacia su atributo. Más como él me imitaba y el acoplamiento de los cuerpos y de las «cosas», paradógicamente, no dejara de resultar perfecto, de repente se resintió el anillo y pegué un bote en la cama a la par que intentaba huir del hombre más que volando...

— «No, no» —, recuerdo que le dije. — ¡Ay!... — clamé...

La queja era sincera y sincero el dolor. Pero como un salvaje él volvió a apoderarse de mi persona apagando mi queja y mis suspiros a fuerza de besos y

de caricias tierna y sabiamente dosificadas, y corraboró a mi negativa con otro «no, no» de muy diferente expresión y tono que la mía.

Pero en cuanto me tuvo asida y bien colocadita de costadó, volvió a molestar el anillo que le huía y yo a decir «no, no» Más esta vez lo atacaba delicadamente y más que dolor, eran ciertas cosquillitas lo que yo experimentaba. De repente el hombre me hizo poner cara al techo y en un periquete me separó las piernas sin resistencia alguna de mi parte. Cerciorado por el tacto de su posición, levantóme luego la camisita hasta el cuello interín yo pensaba a que nos conduciría la nueva maniobra. Pronto obtuve respuesta. Casi «ipso-facto» oí un ténue ruido metálico, cual si se abriera una cajita metálica... e, inesperadamente, sin mediar más besos ni otra incentiva caricia, y por obra y gracia de una rápida media vuelta, el intruso cabalgó sobre mi cuerpo, sintiendo entonces como nunca que su carne, pegada a la mía, despedía fuego...

Rapidamente sentí un pinchazo. seguido de otros más profundos, y como ya me había sucedido en otra ocasión, empezé a sudar la gota gorda...

Es el caso que lo que notaba pujante como nunca, atacaba certero y seguía una trayectoria tan recta y precisa, que mi regacillo empezó a dolerse de tan inconsideradas maneras de proceder. Entonces dí en revolverme y obstaculizar la obra del atributo, bien a mi pesar, obligada por el intenso dolor que experimentaba.

Las palabras «no, no» volvieron a surgir de mi garganta, esta vez angustiantes. Y como el intruso no me hacía caso, empecé a pegarle cachetes en la es-

palda, cosa de la que ni siquiera se molestaba en tomar en cuenta. El muy bruto no me trataba con la consideración que la última vez...

Viendo que no hacía caso de mis cachetes, comencé a gemir al sentir que el atributo se abría paso desgarrante y cruel, y entonces el intruso me tapó la boca con una mano y me sosurró al oido que era su vida y su ilusión y que me quería mucho; que me estuviese quieta unos segundos tan solo, pues casi ya no faltaba nada para el «consumatum est» de sus desvelos y de mis sudores. Le dije que no podía resistir, que fuera despacito, que me dejara por aquella noche, y que a la siguiente le prometía resistir hasta dejarlo cumplido paso. Pero él insistió, y tanto me dijo—desde luego casi sin producir sonido en la voz—, que la palabra «no» fué sustituída en mi boca por la de «bueno»... y los pinchazos volvieron a molestarme despues de unos momentos en los que volví a oir de nuevo el ruido metálico parecido a la apertura de una cajita metálica.

Ahora el intruso me dedicaba las más tiernas palabras de su vocabulario amatorio y su atributo se desenvolvía, en la consecución de sus propósitos, sin causarme tantos gemidos y sudores. Y es que el hombre, en razón a la verdad sea dicho, obraba ahora con sumo cuidado y la maravillosidad de lo que ya no me cabía duda alguna era una cajita de hojalata, acaso hiciese más que él.

Ello es que volvieron a gustarme sus caricias y se lo demostré abrazándole por el cuello y besándole la cara y los labios repetidamente. Su contento fué tal entonce, que me obsequió con una nueva punzada. Tan intensa fué esta vez, que si hubiese sido corres-

pondida por mí aquella misma noche habría quedado lista de dolores para sucesivas contiendas. Mas gemí y él hombre contuvo su pujanza, comprendiendo al fin que no era una mujer hecha y derecha la que tenía entre sus brazos, y que acaso una brutalidad refinada podría serme seriamente perjudicial. Asímismo es factible comprendiera a la vez que eran demasiado desproporcionadas las... proporciones de su insuperable amiguito en justeza con las proporciones de mi nidito de amor.

Pues lo que fuese, siempre le he agradecido aquella muestra de piedad para con mi regazo y mi sufrimiento, pues tal como iba ya el «negocio» le habría bastado un último empujón, despiadado, para dar al traste con mi regacillo de una vez para siempre. No lo hizo, sin embargo, y plena de agradecimiento le besé y le supliqué que me hiciera cosquillitas en el... lo que hizo complacido y ardoroso, hasta que me hubo proporcionado un espasmo seguido de contorsiones rítmicas y ondulatorias...

Aquel indivíduo era un verdadero maestro en lecho amatorio. A todo esto él no había desperdiciado todavía su pólvora en baldías salvas y su atributo masculino se mostraba tan erguido y acometedor como al principio. Y ya que mi regacillo no quería de ninguna manera ser razonable, el hombre quiso desogarse como fuera... y lo hizo de una forma ciertamente imprevista... Verás, — mi Juanita como oradora era al parecer incansable, — luego de pasear a su amiguito por todo mi cuerpo, incluso por las orejas, dándome un mordisco de cuando en cuando, de repente lo colocó entre mis senos un momento, quitándolo luego para decirme que me pusiese de rodillas en el lecho.



Lo hice así y él me puso en el borde del mismo. Descendió después de la cama y se puso de pié en el suelo, frente a mí. Hecho esto, volvió a besarme y morderme de nuevo, puso otra vez su atributo entre mis pechos y me encargó los apretara uno contra otro, suave e insistentemente, hasta que él me avisara. Le obedecí rápidamente... Entonces llevó una mano a mi grupa, que presionó en toda su redondez, mientras que la otra desaparecía en la confluencia de mis muslos buscando el sexito, al que sobó insistentemente uno y otra vez, hasta qué, en el parodixmo del deseo, el intruso empezó a moverse, lentamente primero y, luego muy deprisa, muy deprisa..,

—"Bésame",— recuerdo que me dijo atropelladamente. Pero no púde besarle sino en el estómago, que era lo más próximo al alcance de mis labios....

Luego, cuando menos lo esperaba... ¡zás!.. el chaparrón... ¡Oh! ...¡mi pobre cuello!...

En el final de las contorsiones me tiró sobre la cama, donde cayó él a su vez, y en la caída mis senos recobraron mi libertad, con lo que el angüento del "fresco" del intruso me pinchaba en todos los sitios menos entre ellos. Entonces me puse boca abajo por no sufrirlos en ciertas partes de mi persona, y trás esa acción, el fogoso atacante, como un relámpago, ajustó algo entre las dos mitades de mi esfera sintiéndome al punto atacada por un enemigo desfalleciente y ardoroso que se agitaba sin descanso. Tanta y tan persistente fué su agitación, que emergió una vez más, fuerte y retador, seductoramente bello con su virilidad y belleza. Entonces el intruso me puso una vez más boca arriba, siendo ésta vez mis cerrados muslos los que sirvieron de funda a su masculinidad.

El misterioso sátiro debía estar roto de tanto trajín. Yo, por mi parte, ciertamente, no lo estaba menos. Esto explica el porqué durante un buen rato permanecimos quietos en el lecho sin mover siquiera los párpados para pestañear.

De aquel letargo — llamémosle asi — me sacaron unas palabras que el hombre deslizó en mi oido.

— Oye nena, — dijo; de mañana no pasa que... Tienes que resistir y no quejarte, porque el dolor te pasará pronto y luego todo te gustará mucho, mucho...

Hacerlo asi se lo prometí, y entonces él me dió un abrazo y dos besos en plena boca, acompañados de las frases «vida mía», «nena mía», y se fué...

Llegó por fin la noche que había de ser decisiva para mi virginidad. Como las horas se me habían de hacer interminables y febríles, me acosté tarde. Apenas llegué a mi habitación me desnudé lo más rápidamente posible, me puse tendida en la cama y esperé... no sin cierto temor, la llegada de mi visitante.

No llevaría media hora esperando, cuando oí sus quedos pasos acercándose a la cama. Alargué las manos para recibirlo y ¡casualidad! fueron a parar al atributo del visitante .. ¡Que fuerte y retador «venía»!

Inmediatamente me puse cara al techo, y cuando esperaba recibir las caricias de mi visitante, la luz de una linterna eléctrica de bolsillo hirió mi vista. Fué una verdadera sorpresa. Luego el haz de luz recorrió lentamente mis desnudas formas hasta que, cansado de recrearse en mis juveniles y esbeltas desnudeces, se apagó de pronto.

Entonces el intruso pegó su boca a mi oido y me rogó que me vistiera. Enteramente vestida... Y acom-

pañó la petición con unas cuantas caricias que endurecieron mis senos y arrancaron llamaradas de deseo a todo mi ser. Me tiré de la cama y empecé a vestirme con agilidad. La linternita de mi visitante, entretanto, me observaba de cuando en cuando. Tan pronto estuve vestida el haz de luz se apagó. El entonces se acercó a mí, y me abrazó, buscando al propio tiempo mis labios y los glóbulos de mis orejas para besarlos y morderlos con ternura...

Ya sus caricias no habían de cesar hasta poseerme... Comenzó por introducir una mano por debajo de mis faldas para tocarme las ligas y la carne sedosa e incitante de mis muslos con ardorosa insistencia. Al propio tiempo, la otra mano acariciaba mis pechos endurecidos por el deseo con calculada maestría... Yo por mi parte, por no ser menos, me apoderé de su atributo y lo retuve en ellas hasta que él me dijo que me sentara al borde de la cama poniendo una pierna sobre la otra. Obedecí, y la lamparita volvió a lucir su recto haz de luz recorriendo mis piernas y muslos, deteniéndose en la puntillita de los pantalones para ir despues a revoltear sobre las ligas...

—«Separa los muslos un poquitín»—, me dijo el hombre. Lo hice y un admirativo ¡oh! se escapó de su garganta.

—«Alzate más la falda»—, habló de nuevo. Y cuando las tuve de nuevo alzadas hasta la puntilla de mis pantalones, el hombre me bajó dicha prenda despues de desatarla febrilmente, y la dejó arrollada en mis muslos. De nuevo la lamparita lanzó su haz de luz recreándose en la contemplación de mi semi-tapado sexito y de mi semi-desnudo cuerpo...

Mientras con una mano hacía luz, con la otra me

sobaba la pelvis y los muslos que abrasaban. Acabó de encenderse mi cuerpo cuando el furtivo visitante dirigió el haz de luz de su linterna hacia su atributo, vigoroso y recio, alegre y cautivador. Lo admiré con indescriptible entusiasmo y durante unos instantes mis mejores y más femeninas caricias fueron para él.

Luego el haz de luz regresó hacia mis íntimos encantos... pero mis manos, al unísono de mi admiración, estaban puestas, febriles y acariciadoras, en su masculinidad, dispuestas a «cuanto» fuera menester para hacerle dichoso...

— «Anda.. ya...» —

Fuí yo misma quién pronunció estas dos palabras apremiándole y atrayéndole hacia mí. Entonces el hombre me empujó suavemente hacia atrás hasta quedar tumbada en el lecho con las piernas colgando. Milímetro a milímetro, recreándose, fué subiendo mis faldas dejando al descubierto mis intimidades e ilumiuándolas. Cuando terminó su labor, su mirada y su admiración se centraron en mi tierno y hermoso nido de amor.

En aquellos instantes sus ojos despedían tanta luz como su linterna...

De pronto con gesto rápido y energico, me libró de los pantaloncitos, que tiró al suelo a mansalva, y colocó su atributo en el mismito centro de mi regazo presto al ataque...

Este empezó en seguida... El acoplamiento iba haciéndose pertecto a causa de nuestra mútua y perfecta labor...

De pronto, él dijo atropelladamente:

— «Oh... oh... ahora .. resiste...» — Y colocó, arrollador, su atributo en el centro de mi... y atacó

